

FICHA II: ORAR ES DECIR: ¡PADRE!

1. El nuevo nombre de Dios:

- Para todas las religiones Dios fue siempre el Ser Supremo y Único Principio.
- En el Antiguo Testamento ya se aplican a Dios algunos adjetivos de tipo paternal; pero sigue llamándosele: Señor, Roca, Alcázar, Libertador, etc.
- Sólo Jesús tuvo la originalidad de llamarle ¡ABBA!, esto es, ¡PADRE! Más aún, Papaíto. Así se llama en los Evangelios ¡130 veces!
- Orar, para Jesús, fue simplemente saciar la necesidad que sentía de estar con su Padre; de sentirse su proyección, su misma cosa: de conocer su voluntad para marchar a cumplirla entre los hombres.
- Por eso, cuando le rogamos nos enseña a orar, nos dijo aquello de: Cuando oréis, decid: ¡PADRE! (Lc 11,1)

2. Decir “Padre” supone...

- Salir de nosotros mismos y ponernos ante un Tú trascendente. Iniciar un verdadero y entrañable diálogo. Supone, en una palabra, comenzar a orar.
- Decir “Padre” supone reconocer que no sólo es el Creador de cuanto existe, sino que todo lo ha creado por amor y con amor lo conserva.
- Supone igualmente proclamar que este PADRE, no sólo engendró a su Unigénito, Cristo, sino que éste, nos hace hijos a todos y sobre todos vuelca –uno por uno- su amor infinito (Ef 1, 3-10). De aquí a vivir cada vez más plenamente nuestra filiación hacia Él, debiera haber un paso.
- Llamar Padre a nuestro Dios es saltar por pura lógica al sentimiento de “fraternidad universal”, no sólo para con los demás hombres, sino para con todos los seres creados...

3. No cambiemos jamás la dirección de nuestra plegaria:

Si comenzamos a orar diciendo sencillamente Padre...

- Ganaremos en cercanía, confianza, sencillez, abandono...
- Afianzaremos nuestro sentido de gratuidad. No oraremos para algo; pero cualquier disculpa nos servirá para orar; esto es, para estar con el Padre.
- La palabra Providencia comenzara a sonarnos como sonó a aquel poeta: “Estoy sobre la palma de tu mano/ tranquilo como un niño. / No la quites, Señor: fuera de ella / ha extendido la nada sus abismos”.
- Experimentaremos y demostraremos lo que supone el llamarnos y ser en realidad “Hijos de Dios”. Y si en este mundo nadie tiene derecho a llorar más que los huérfanos, podremos recitar a pleno pulmón el “Nada te turbe” teresiano.
- Haremos en fin nuestra oración mucho más evangélica. Recordad que si oramos lo hacemos porque Jesús oró y como Jesús oró. Pues bien, en todas las oraciones que de Jesús narran los cuatro evangelios –menos en una, la del grito en la Cruz- ora diciendo ¡Padre!

4. Pero... ¿es fácil pronunciar esta palabra?

- Para declamar poesías o dar entonación a un discurso, se precisa de técnica.

- Para decir: ¡Padre!, como lo dijo el Hijo, necesitamos la ayuda del Espíritu, Él es quien gritará esta palabra desde dentro de nosotros (Gal 4,4) y Él quien nos dará seguridad de ser sus hijos (Rom 8, 15).

5. Pautas para cada día de la semana:

1. *Pronuncia la palabra PADRE al estilo de Jesús:* lee y aplícate, por ejemplo, estos textos del Evangelio: Mt 11, 25; 1, 27; Mc 14, 36; Lc 2, 49; Jn 4, 21; 5,18; 8, 19; 8,27; 14, 7 y 23; 17, 1-25.
2. *Acércate hoy al apóstol Pablo. Así decía el Padre:* Relee, entre otros, alguno de estos textos: 2Co 1, 3; Gal 4, 4; Ef 3, 14; Col 1, 3.
3. *Recordemos en este día el matiz dado por Teresa de Jesús a estas palabras:* Toma su libro titulado “Camino de Perfección” y lee pausadamente el capítulo 27. En él comienza a explicar a sus hijas –y a todos nosotros- las primeras palabras del Padrenuestro. Si te aficionas a esta lectura, puedes seguir por los capítulos siguientes.
4. *Y hoy escuchemos un tono distinto: el de Francisco de Asís.* Si hubo un hombre sencillo que se considerase hijo de Dios y hermano de todas las criaturas, fue él. No pierdas la ocasión de ahondar en el mensaje y el estilo de su “Cántico de las Criaturas”:

Omnipotente, Altísimo, Bondadoso Señor, tuyas son la alabanza, la gloria y el honor; tan sólo Tú eres digno de toda bendición y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.

Loado seas por toda criatura, mi Señor y en especial loado por el hermano SOL, que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor, y lleva por los cielos noticias de su autor.

*Y por la hermana LUNA, de blanca luz menor y las ESTRELLAS claras que tu poder creó, tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son, y brillan en los cielos: ¡loado mi Señor!
Y por la hermana AGUA, preciosa en su candor, que es útil, casta, humilde: ¡loado mi Señor!*

Por el hermano FUEGO que alumbra al irse el sol y es fuerte, hermoso, alegre: ¡Loado mi Señor!

Y por la hermana TIERRA que es toda bendición, la hermana madre tierra que da en toda ocasión las HIERBAS y los FRUTOS y FLORES de color y nos sustenta y rige: ¡loado mi señor!

Y por los que perdonan y aguantan por tu Amor los MALES CORPORALES y la TRIBULACIÓN: ¡felices los que sufren en paz con el dolor porque les llega el tiempo de la coronación!

5. *Dirijámonos al Padre hoy al estilo de San Juan de la Cruz.* Detengámonos únicamente en estas palabras: “Piadoso y omnipotente Padre, mano blanda, que siendo tú tan generosa, cuanto poderosa y rica, rica y poderosamente me das las dádivas. Porque tú matas y ´tu das la vida. Mas tú, ¡oh, divina vida! Nunca matas si no es para dar vida, así como nunca llagas si no es para sanar...”
6. *Unámonos ahora a Carlos de Foucauld.* Clásica se ha hecho su oración de abandono en las manos del Padre. Degustémosla una vez más en una paráfrasis de la misma:

Padre: me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que tu plan vaya adelante en toda la humanidad y en mí.

Ilumina mi vida con la luz de Jesús. No vino a ser servido, vino a servir. Que mi vida sea como la de Él: servir. Grano de trigo que muere en el surco del mundo. Que sea así de verdad, Padre.

Te confío mi vida. Te la doy, condúceme. Envíame aquel espíritu que movía a Jesús. Me pongo en tus manos, enteramente, sin reservas, con una confianza absoluta porque Tú eres... MI PADRE.